

clases soberanas y aristocráticas de Alemania en el siglo XVI. El mismo Lutero tomó parte en esta guerra de libelos, y a pesar de su conocida grosería no pudo en este punto llevarse la palma; ni es posible traducir al español las expresiones soeces, los denuestos y suciedades con que mutuamente se cubrieron el duque Enrique y el landgrave. Lo peor fueron las inmoralidades que se echaron en cara, porque si el landgrave se había casado con dos mujeres, el duque Enrique, enamorado también de una dama de la corte, se la llevó a un castillo, esparciendo la voz de que había muerto, haciendo enterrar con toda solemnidad su imagen, mandando decir misas en la corte por su alma y llevando luto la misma duquesa, mientras la joven querida del duque vivía oculta en los castillos de aquel dándole cada año un hijo. Cuando se descubrió la trampa fué grande la indignación de la esposa del duque, de la familia de la joven y de los príncipes reunidos en Regensburg. La frecuencia de los incendios, eviden-



Moneda de plata de los condes del Palatinado Otton Enrique y Felipe (tamaño del original, existente en el Museo Numismático de Berlín)

Anverso: En el centro las testas de los dos hermanos, de los cuales el de delante es Otton Enrique. La inscripción circular dice: OTTO HEN(ricus). ET. PHILIP. FRATRES. COMITES. PALA. RHE. ET. DVCES. BAIORIE * - Reverso: En el centro una armadura, dos yelmos y un escudo. La inscripción circular dice: CO. RAM. DEO. ET. HOMI. CONCORDIA. FRATR. PROBATA. EST. MDXXVIII.

temente intencionados, que ocurrieron entonces en la Sajonia electoral, fué también atribuida al duque Enrique, bien que fundándose en confesiones de infelices á los cuales se aplicó el tormento. Por fin motivaron la guerra contra Enrique las brutalidades que éste se permitió contra las ciudades de Brunswick y de Goslar. En julio de 1542, Juan Federico y el landgrave cayeron súbitamente sobre su contrario, que en vano esperó socorro del duque de Baviera, mientras sus territorios fueron fácil presa de sus enemigos, resistiéndose solo algún tiempo la ciudad de Wolfenbuttel. Este asunto revela la barbarie del pueblo alemán, sin distinción de clases, en aquella época. Los mismos súbditos libertados de su duque católico, no cedieron en nada en punto á excesos á los soldados mercenarios de la liga de Smalcalda y á otras tropas alemanas; pues los hombres de Brunswick no se contentaron con saquear los conventos cercanos y destruir las imágenes, sino que se sirvieron de manuscritos y documentos para cama de sus caballos y sacaron los cadáveres de las tumbas arrojándolos á los cerdos. Escenas análogas pasaron en la vecina ciudad de Hildesheim, que en esta ocasión adoptó la reforma religiosa y entró en la liga de Smalcalda. Esta liga por lo pronto tomó posesión y se encargó de la administración del ducado de Brunswick, que fué sometido á la Reforma bajo la dirección de Bugenhagen; pero siendo débil el gobierno provisional, el ducado cayó en la mayor confusión religiosa y moral.

Aun estos triunfos muy empañados del protestantismo habrían podido adquirir mayor valor si los protestantes hubie-

sen tenido resolución y energía para sostener tales conquistas, que completaban la reforma religiosa en la Alemania del Norte, y para introducirla definitivamente en los territorios del bajo Rhin, pues acababa de realizarse una esperanza de los reformistas, á saber: la adhesión del arzobispo y príncipe elector de Colonia. Desde 1515 ocupaba este puesto elevado el conde Hermann de Wied, fiel al emperador y buen católico, pero no fanático, que estuvo en correspondencia con Erasmo y Juan Gropper. Este prelado procuró en 1536 extirpar por medio de una reforma los peores abusos de su Iglesia, en cuya ocasión Gropper con su manual oficial para el clero trató de enlazar una doctrina casi protestante de justificación con doctrinas antiguas católicas. Desde entonces el arzobispo se inclinaba positivamente á los principios reformistas por su trato con señores y sabios protestantes; y bajo la impresión de las tentativas del emperador para formar una unión católica imperial se resolvió, en virtud de una disposición del parlamento de 1541, á emprender una reforma y un arreglo cristiano en su clero. A este fin entró en correspondencia con Butzer, que con horror del cabildo de la catedral y de Gropper empezó á predicar en Bonn (diciembre de 1542). «El señor, dice Butzer hablando del arzobispo elector, prefiere renunciar antes á su territorio que á la reforma; sus ideas solo se fijan en Dios.» Por lo demás, decía el predicador que la situación era difícil, pues si bien le halagaba la esperanza de una abundante cosecha á favor del Evangelio, eran pocos los obreros y muchos los enemigos. En el mes de mayo llegó Melancthon á Colonia y los dos reformadores se convencieron con gran admiración de que la masa del pueblo continuaba en Colonia siendo partidaria de sus célebres santuarios, imágenes y procesiones. En cambio encontraron dispuesta en favor de una reforma á la mayoría de la clase media después que ambos expusieron en una memoria muy detallada las bases de la doctrina reformista.

Al propio tiempo Francisco de Waldeck, obispo de Munster, Minden y Osnabruck, declaró que estaba dispuesto á seguir el ejemplo de su arzobispo, tanto mas cuanto que ya había apoyado la expedición de la liga de Smalcalda contra el duque de Brunswick y había dado principio á la reforma en Osnabruck. Verdad es que mientras el arzobispo de Colonia era un anciano venerable y sinceramente piadoso, su sufragáneo era hombre de vida muy mundana. No obstante, el protestantismo tenía abierto entonces un vasto horizonte delante de sí, cuando el duque Guillermo de Julich-Cléveris comulgaba en ambas formas y notables prelados empezaban á introducir la doctrina de la Reforma en sus diócesis. Entonces pareció perdida para el catolicismo no solamente la Alemania del Norte sino también la comarca del bajo Rhin. Solicitaron igualmente su admisión en la liga de Smalcalda el obispo de Munster y los protestantes de la ciudad libre de Metz. Además se manifestó en el Mediodía de Alemania cada vez mas pujante la corriente reformadora, pues en 1542 la nueva religión venció en Regensburg y poco después se declaró por ella el conde palatino de Neuburg. También hemos dado á conocer el espíritu de la nobleza austriaca, la cual en una exposición al rey Fernando decía, en el parlamento de 1541, que la religión católica era pura idolatría. Hasta de Venecia llegaron á Wittenberg súplicas ardorosas de protestantes italianos pidiendo que se les enviase auxilio espiritual y protección material.

A los jefes de los protestantes alemanes faltaron entonces la inteligencia, la voluntad y la energía para comprender y aprovechar la situación favorable; y affige ver la obtusa terquedad con que Lutero, metido mas que nunca en estériles luchas dogmáticas, rechazó todo lo que en su opinión podía turbar en lo mas pequeño la pureza de su doctrina. En su ira

nuevamente despertada contra los sacramentistas vituperó la doctrina eucarística expuesta por Butzer, en Colonia, en su manual del clero; á las súplicas de los reformistas italianos contestó tarde y en términos frios, y luego aconsejó que no se admitiera á los protestantes de Metz en la liga de Smalcalda, diciendo que no había que fiarse de extranjeros ni de su pretendido celo en favor del Evangelio. Mas fatal, sin embargo, que el pesimismo de Lutero fué el convenio que hizo el landgrave con la casa de Austria. En la mente de este soberano se sucedían grandes ilusiones: unas veces abrigaba el proyecto de hacer un arreglo entre el emperador y la Francia, y reducir al Papa á simple obispo de Roma con encargo de vigilar la conducta de los demás obispos, y otras veces le asaltaban presentimientos frecuentes é imperiosos de que todas las promesas insinuantes de Granvela, como el mando en jefe de las fuerzas de Habsburgo contra la Francia y otras esperanzas halagüeñas, resultarían vanas.



Medalla de plata con el busto de Carlos V, del año 1541 (tamaño del original)

Anverso: En el centro el busto del soberano; la inscripción circular dice: CAROLVS V REX HISPANIE AC HISPANIE CATHOLICAE DVX AVSTRIAE ET C. - Reverso: En el centro las columnas de Hércules saliendo de entre las olas y á sus lados las palabras: PLVS VLTRA, divisa de Carlos V; inscripción circular: QVOD IN CELIS SOL HOC IN TERRA CAESAR EST. M.D.XLI.

Fué acuñada en la Alemania meridional y se conserva en el Museo Numismático de Berlín

entre ellas y los príncipes, tanto que un veneciano observador descubrió en esta circunstancia una debilidad tan grande en la Alemania protestante, que en su opinión el emperador no necesitaba mas que tomar una actitud enérgica para conseguir que se respetara su voluntad. Entre los mismos miembros de la liga de Smalcalda empezó á dominar la convicción de la decadencia, y los representantes de Francfort dijeron una vez con razón: «Bueno es que nuestros adversarios ignoren cuánta desunión y confusión reinan entre nosotros; todo nuestro edificio está carcomido.»

El elector Juan Federico se conformó, como su maestro Lutero, con la esperanza de que estaba inmediato el cumplimiento de la profecía de Daniel y que la palabra de Dios quedaría al final victoriosa.

Los protestantes alemanes aguardaron, sin saber que hacer, al emperador, que se iba acercando muy satisfecho. Había hecho en febrero de 1543 una alianza secreta y nueva con Enrique VIII, que había repudiado á su cuarta esposa. Esta nueva alianza iba dirigida contra el rey de Francia, «el aliado de los turcos,» reservándose Carlos V en caso de victoria la Borgoña y la Picardía y el rey de Inglaterra la Normandía, la Guiana y la corona de Francia como premio de la guerra común. Singular fué la condición á que se obligaron los dos soberanos contratantes de que Enrique no permitiría en Inglaterra la impresión de ningún libro alemán y Carlos á su vez prohibiría la impresión de todo libro inglés en Alemania.

En estas condiciones se presentó el emperador en Alemania como el defensor genuino de la Iglesia católica, á pesar de sus divergencias con Paulo III, que se esforzó en hacer el

El emperador y Granvela empezaron á fijar su vista y su afecto en una nueva generación de príncipes del imperio que no tenían los escrúpulos religiosos de los viejos. Granvela, con grandísimo afán, trabajó para atraerse al duque Mauricio de Sajonia; pero éste se mostró todavía muy exigente. Los reformistas, sin embargo, mantuvieron en el parlamento de Nuremberg de 1543, aunque inútilmente, su exigencia de que la declaración de Regensburg fuese comprendida en las resoluciones del parlamento citado, y no habiendo conseguido este objeto, negaron su auxilio contra los turcos. La admisión de Julich en la liga de Smalcalda no se realizó y también se negaron á ingresar en ella el duque Mauricio, el marqués Alberto y la ciudad de Nuremberg. Por lo demás, había influido mucho en el espíritu de las ciudades que pertenecían á la liga la actitud hostil de los príncipes, en el parlamento de Regensburg, respecto de las ciudades; y en la guerra de Brunswick se manifestó con bastante energía la oposición

papel mas imparcial cuando en su entrevista en Busseto propuso al emperador ceder el ducado de Milan á la familia Farnesio en cambio de una gran suma de dinero. Entonces el embajador español en Venecia recomendó al emperador el proyecto ilusorio del landgrave de Hesse de reducir al papado á su situación primitiva, con lo cual dijo que se haría el mayor servicio posible al mundo. En un momento de excitación exclamó Carlos V que todos acabarían por hacerse turcos, pero que él sería el último que tal se hiciera; y cuando el duque Guillermo de Baviera le habló de la situación angustiosa de Hungría, dijo que esto era cuidado de los alemanes, que él tenía que combatir á otros turcos. Las tentativas mediadoras de los príncipes alemanes no tuvieron éxito cerca del duque de Julich, que confiaba en sus armas victoriosas, en sus plazas fuertes y en el auxilio del rey de Francia.

En el verano de 1543 se presentó el emperador en territorio alemán, á la cabeza de una fuerza compuesta de 8,000 españoles é italianos; pero pronto se aumentó este ejército hasta 40,000 hombres. Carlos V, antes tan sereno é inaccesible, pareció completamente cambiado cuando con su armadura de lujo revistió personalmente sus fuerzas, mandando también en persona y dando sus instrucciones en lengua alemana. Butzer en un escrito refiere sus impresiones y dice: «Todo era en él imperial, el lenguaje y los actos, la mirada y el porte y hasta la liberalidad.» Se comprende la pena de este autor cuando se expresa en el mismo escrito en estos términos: «Mucho podría hacer Carlos V si quisiera ser un emperador alemán y un siervo de Cristo.»

Carlos V había adquirido la serenidad de un gran guerrero en el Mediodía de Francia y sobre todo en Túnez y Argel; y á la sazón, repuesto de su décimo acceso de gota, volvió á emprender la campaña contra los protestantes alemanes. También encontró Butzer muy cambiado al emperador en el terreno eclesiástico; despues que dos años antes le había parecido tan simpático con sus proyectos de union religiosa, le volvió á encontrar españolizado hasta el tuétano; pues asistía diariamente á tres misas, rezaba arrodillado el rosario, que parecía no terminar nunca, y, en una palabra, se entretenía en opinion de Butzer con niñerías propias solo de viejas. Compárese con este capitán, lleno de devoción católica, el capitán de la fuerza armada de Cléveris, que hacia predicar á los holandeses el Evangelio por sus soldados alemanes, con sus calzones y jubones acuchillados y la cabeza cubierta con un enorme sombrero ó birrete adornado de plumas. En poco mas de dos semanas quedó concluida la campaña propiamente dicha, pues Duren, la plaza mas fuerte del duque, despues de un corto fuego sufrió todos los horrores de un asalto dado por españoles; y en 6 de setiembre se prosternó el duque Guillermo en Venloo á los piés del vencedor, al cual cedió Gueldres y Zutphen, renunciando á sus relaciones con Francia y Dinamarca y prometiendo anular en sus territorios todas sus innovaciones eclesiásticas. Como consecuencia inmediata de estos sucesos quedó detenida en su curso la reforma en Colonia; pero mas importante que todo esto fué la convicción que penetró en el ánimo del emperador de la debilidad é ineptitud política de los herejes alemanes, pues en las memorias de Carlos se lee: «La observacion de lo que allí sucedió abrió los ojos del emperador y le ilustró de tal manera, que ya no le pareció imposible el domar por la fuerza semejante soberbia, y hasta le pareció muy fácil siempre que emprendiese esta tarea en tiempo y con medios oportunos.» Estas circunstancias oportunas no llegaron tan pronto como el emperador deseaba y como sus contrarios temían, pues Butzer en el invierno de 1543 consideraba inevitable é inmediata la ruina de Alemania y la de la Europa.

Segun una opinion católica de aquel tiempo, el emperador podía restablecer el orden en Alemania sin desenvainar siquiera la espada, vistos el terror que había cundido en aquellos momentos y la desunion de los alemanes protestantes; solo que los católicos tampoco estaban unidos y el emperador, imposibilitado por enfermedades frecuentes, se hallaba rodeado de traidores. La verdad es que Carlos, cuya campaña de otoño contra los franceses había quedado suspendida delante de la plaza fuerte de Landrecy, no podía prescindir todavía del auxilio de los alemanes protestantes, á pesar del auxilio inglés y de su convenio con el rey Cristian III de Dinamarca. Por el contrario, hasta hizo todavía concesiones á los protestantes, por supuesto con la intencion de anularlas á la primera ocasion.

Mientras Carlos V llegaba casi á romper con el Papa, cuyas simpatías eran evidentemente francesas, se atraía el apoyo de la cismática Inglaterra y el auxilio de los herejes alemanes justamente contra la Francia, la potencia protectora de estos. La satisfaccion de los protestantes alemanes no pudo ser mayor cuando en lugar de la temida guerra religiosa les aseguraron los ministros del emperador en los términos mas amables, mezclando alusiones edificantes á la palabra de Dios, que su soberano conseguiría el arreglo religioso pacífico, quisieralo el Papa ó no. En el parlamento de Spira, reunido en febrero de 1544 y al cual acudieron los príncipes del imperio en mayor número que en ningun tiempo, Carlos V se vió visitado por el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse; el primero como dignatario porta-espada, lo que le valió una prolongada conversacion confidencial con el em-

perador, en la cual éste le dió esperanzas de dar á su hijo mayor por esposa una hija del rey de Romanos. En cuanto al landgrave, iba seguramente muy apesadumbrado al parlamento porque le habían dicho poco antes que el emperador pensaba someter dentro de un año al Hesse y sus aliados. Carlos V se esforzó por recibirle con amabilidad pero le dijo que sentía no poder emplearle en aquella guerra contra la Francia, y le dió mejores esperanzas para la que pensaba emprender contra los turcos. Esto abrió los ojos al landgrave respecto de las promesas de Granvela, por lo cual dijo Butzer que el landgrave seguía contra su propia convicción una senda falsa.

Los resultados militares y económicos de este parlamento fueron insignificantes, pero ya era un triunfo para la política imperial que ninguno de los estamentos del imperio se declarara abiertamente por la Francia. Se concedió e. auxilio del imperio contra los turcos y los franceses; Carlos prometió que despues de concluir la guerra contra el rey de Francia marcharía contra los turcos, con la cláusula de que esta campaña había de ser en honor de Dios y en bien del imperio, pero que sería libre para emprenderla cómo y cuándo le conviniese. Además, los protestantes en cambio de esta concesion exigieron otras de importancia por su parte; de suerte que en las resoluciones del parlamento contenidas en el acta de clausura, en junio de 1544, renunció el emperador casi completamente á sus pretensiones católicas, prometiendo, en vista de la inseguridad de la convocacion del concilio general, formar hasta el próximo parlamento una reforma cristiana, para despues arreglar la situacion religiosa del imperio sobre este proyecto y sobre los proyectos de los miembros del imperio hasta la reunion del concilio; y que en adelante no se miraría la religion de los candidatos al proveerse vacantes del tribunal supremo, quedando además suspendidos los fallos y causas pendientes contra los protestantes y las resoluciones del parlamento de Augsburgo. Los bienes de la Iglesia quedaron abandonados á los protestantes y fueron reconocidos como legales los contratos y operaciones hechos respecto de estos bienes. En opinion de Butzer esta paz fué siquiera algo para la situacion religiosa, pero solo Cristo era capaz de mantenerla. No cabe duda que el emperador desaprobó interiormente este arreglo, que solo la necesidad podía justificar ante su conciencia.

La campaña contra la Francia, que se había empezado ya antes de la clausura del parlamento de Spira, fué todo menos brillante, á pesar del gran convenio hecho entre el emperador y el rey de Inglaterra de marchar simultáneamente sobre Paris; pues desde luego faltaba, como ya en tiempo de Wolsey, la confianza mútua entre los dos gobiernos aliados. Enrique VIII se esforzó, bien que inútilmente, en disuadir al emperador de tomar personalmente parte en la campaña, ni pudo tampoco conocer el plan de ataque que llevaba. Por su parte se contentó Enrique VIII con la toma de Boulogne y se apresuró á entablar negociaciones de paz. Mientras esto sucedía en el Norte, las fuerzas imperiales se habían empeñado en tomar la pequeña ciudad de Saint-Dizier, poblacion muy fuerte situada á orillas del alto Marne. Dirigió el sitio Gonzaga, siguiendo lentamente el emperador, á cuya entrada en Metz fué precedido por dos jefes de caballería de religion protestante, el duque Mauricio y el marqués Alberto. En la corte imperial habían corrido voces de que Francisco I se veía perdido, prisionero, destronado y muerto. Grave era la situacion de Francia, pero la antigua táctica de la guerra defensiva evitando batallas campales la salvó como otras veces. Segun el juicio de un personaje italiano de aquella época, no fué sino una mera demostracion la marcha del emperador sobre Paris, pues al llegar á Chateau-Thierry dejó Carlos su

ejército, cuyas turbas indisciplinadas no parecieron tener mas objeto que guardar sus bagajes, cada vez mas voluminosos.

Desde la cuenca del Marne se dirigió Carlos al Norte; la ciudad de Soissons se entregó y fué saqueada por los alemanes, á pesar de las promesas del emperador; y pocos dias despues se firmó la paz de Crepy, en 17 de setiembre de 1544, cuyas condiciones sorprendieron á todo el mundo menos á los iniciados, diciéndose en los círculos imperiales que Francisco I hubiera podido imponer iguales condiciones si hubiese estado tan cerca de Madrid como estuvo entonces Carlos cerca de Paris. El fondo de este tratado de paz era un

arreglo dinástico, segun el cual el hijo segundo del rey Francisco, el duque de Orleans, debería casarse ó con la hija del emperador ó con una hija del rey Fernando y recibir, en el primer caso, por dote los Países-Bajos, y en el segundo, el ducado de Milan, devolviendo en cualquiera de los dos casos el Piamonte, con renuncia de sus pretensiones sobre la Italia y los Países-Bajos. Además el rey de Francia prometió un ejército auxiliar contra los turcos; pero mas importante fué el convenio secreto que los dos soberanos hicieron respecto de los asuntos religiosos, segun el cual se obligaron á celebrar el concilio general con ó sin la aprobacion del Papa



GASPAR CONTARENVS VENETVS. CARD.
*Lectus es in Venetum, Romanum deinde Senatum,
Firmior ingenio qui stat vterque tuo;
At nunc caelesti fulges trabebatur in oestro,
Sceptra Magis fratris atherisq; geris.*

El cardenal Contarini

y á hacer aceptar por la fuerza, en caso necesario, las resoluciones de este concilio. Además renunció Francisco I á contraer nuevas alianzas, en especial con protestantes. Este tratado volvió á poner en primer término no solamente la posibilidad de una guerra religiosa sino tambien la reunion del concilio y las relaciones del emperador con el Papa. En toda la historia de aquellos años, tan llena de peripecias y de complicaciones singulares, es quizás lo mas notable el hecho de que los dos jefes de la cristiandad católica llegaran á punto de renovar la guerra que se hicieron en el tercer decenio del siglo.

La exposicion de los sucesos de que tratamos solo permite mencionar de paso el hecho de que bajo la influencia de la reforma religiosa alemana se realizó tambien en Italia cierto robustecimiento y cierta espiritualizacion de la vida religiosa; tanto, que en la misma curia había echado raíces desde el tiempo de Clemente VII la idea de la reforma del clero. En prueba de ello tenemos el cuadro lúgubre del porvenir del

pontificado redactado en 1540 por Morone, entonces obispo y uno de los diplomáticos romanos mas distinguidos, diciendo que Alemania é Inglaterra podrian concluir fácilmente la obra empezada uniéndose y arrebatando en su corriente á la Polonia, la Hungría, la Francia y acaso á las mismas dos ramas de Habsburgo, lo que haría triunfar la nueva religion en España y en una gran parte de Italia. Aun sin el peligro de la herejía, el Papa debería, segun Morone, reunir «un verdadero concilio» para extirpar los innumerables abusos y para restablecer «la religion desfigurada.» Hubiera podido el mismo prelado citar entonces una comunidad reformista que se había establecido en la capital de su diócesis, á cuya comunidad dirigió Lutero en 1541 una de sus epístolas. Además Morone había experimentado la conmocion religiosa de su tiempo y había podido ver sus peripecias, los arrebatos del entusiasmo, la frialdad y las angustias sucesivas.

La reforma italiana que floreció durante algun tiempo en las esferas inteligentes, se distingue de la revolucion eclesiás-

tica ocurrida en Alemania en que no tuvo el movimiento en Italia el eco nacional tan grande como en Alemania. En mi concepto no fué el obstáculo principal que detuvo la reforma religiosa en Italia la poca disposición de ánimo de las altas clases italianas á favor de la reforma, pues que esta reforma apenas salió de aquella atmósfera distinguida, y habían ya pasado los tiempos en que el escepticismo del renacimiento italiano había celebrado sus triunfos cuando se levantó sobre el humanismo moribundo el nuevo interés religioso y eclesiástico. Para que un movimiento religioso triunfe se necesita ó el apoyo de los gobiernos ó la fuerza elemental de las masas populares, y el movimiento reformista no encontró en Italia ni lo uno ni lo otro. Excusado es explicar el motivo de la abstención de los gobiernos, y por otra parte no existía en el pueblo el deseo de destruir en su indignación, justa ó injusta, el dominio clerical; ya que las luchas políticas que durante siglos habían destruido la Italia habían triturado los elementos democráticos de la nación, dejando á ésta sometida á los gobiernos despóticos; habían acabado con la tendencia á la conspiración, y á esta tendencia había sucedido el marasmo. Era cosa completamente imposible realizar en la patria del pontificado una transformación pacífica de la religión, y para hacerla por medio de una revolución faltaban las condiciones mas indispensables.

Tres corrientes se distinguen en la vida religiosa de Italia en el tiempo de la Reforma, prescindiendo de la rutina incorregible é invariable del curialismo romano. En primer lugar no había muerto el platonismo del Renacimiento, pues de él salió la filosofía moderna con el poderoso apoyo de Cusano; y si los círculos eclesiásticos mencionan horripilándose á los ateos y epicúreos, este horror tenía un fondo de verdad, porque las obras semi-poéticas de los genios especuladores italianos ofrecen un rasgo materialista, particularmente muy marcado en Jordano Bruno, el admirador de Lucrecio. Mucho tiempo debía pasar todavía antes de que los libre-pensadores llegaran á ser seriamente peligrosos para la Iglesia.

En el siglo XVI llamaron principalmente la atención los vástagos de la reforma alemana, que se manifestaron muy temprano, en el territorio veneciano mas que en otra parte; pues que ya por el año 1512 escribió en Cittadella, Pedro Speziali, los rasgos fundamentales de una doctrina de justificación como despues la formuló Lutero. Treinta años mas tarde se apoderó de Speziali la Inquisición, cuando justamente acababa su obra, que dedicó al emperador. Al principio del tercer decenio fueron impresos en Venecia, traducidos al italiano, los escritos de Lutero y Melancton; el libro «de la libertad del cristiano» fué introducido en Italia bajo el nombre del cardenal Fregoso, y las obras de Zwinglio se publicaron bajo otro seudónimo. Influencias francesas proporcionaron á la Reforma un asilo en la corte de Ferrara, donde la duquesa Renata, hija de Luis XII, unió á la magnificencia de la civilización del Renacimiento una religiosidad sincera, no solamente dando albergue á su compatriota Calvino sino haciéndole tambien amigo y maestro suyo. Enteramente protestante fué el movimiento religioso de Nápoles, segun opina Benrath, que recuerda al noble español Juan Valdés, al florentino Vermigli y á Bernardino Ochino, de Siena, el predicador mas elocuente de la orden de los capuchinos. De este círculo salió la celebrada obra de Benedetto de Mantua, que con el título: «Del beneficio de Jesucristo Crucificado» fué impresa en Venecia en 1542. Esta obra, sin hacer expresamente la contra á Roma, popularizó la doctrina de San Pablo acerca de la gracia, y teniendo grandes protectores, entre ellos cardenales, fué repartida en muchos casos gratis. La mujer mas hermosa de Italia, Julia Gonzaga, discípula de Valdés y Ochino, llevó una especie de vida mona-

cal protestante, y hasta nobles napolitanos confesaron despues en el patíbulo y en el destierro los efectos profundos del florecimiento que por corto tiempo tuvo la reforma religiosa en Italia. La aptitud especial de desarrollo que tuvo aquel movimiento de reforma explica tambien que la tendencia al racionalismo y al escepticismo, propia desde antiguo en Italia, condujese á hombres como Ochino y á los dos Sozzini mucho mas allá de los límites del dogmatismo dominante; de tal suerte que, segun Benrath, el predicador capuchino formuló ya hasta cierto punto definitivamente el modo de ver que los protestantes formularon luego lenta y progresivamente en el transcurso de siglos. Hasta cierto punto estos anti-trinitarios italianos, como el infortunado español Miguel Servet, fueron los precursores de los libre-pensadores del siglo siguiente.

Mas poderosa que todas las corrientes mencionadas fué en Italia la idea de una reforma católica dentro de la Iglesia; y al fin el gobierno eclesiástico, despues de resistirse largo tiempo, se apoderó de esta idea y se sirvió de ella para sus fines especiales, perdiendo con esto la idea una gran parte de su fuerza original y dando hasta un resultado contrario al fin propuesto primitivamente. Ya hemos hablado del papa Adriano, amigo de la reforma eclesiástica, y de otros amigos de la misma idea, y tambien hemos mencionado la transformación del sacro colegio que emprendió Paulo III. En el pontificado de Leon, en el tiempo en que Lutero empezó á figurar, se formó en Roma la «Cofradía del amor divino», en la cual entraron amigos de la reforma religiosa de todos los grados, y hasta la poesía humanista empezó á tratar motivos cristianos. Hettner observa que esta nueva restauración del catolicismo coincide con una mayor intensidad del sentimiento religioso en las primeras obras del Ticiano y en las postreras de Rafael. La influencia de aquella y otras hermandades romanas se reconoce fácilmente en el Norte de Italia, donde muchos fueron atraídos á esta corriente, entre ellos el veneciano Contarini, el amigo de todas las ideas nobles. Entre el episcopado brillaron como amigos de la reforma hombres como Giberti en Verona y Morone en Módena. El lazo principal que unió á los amigos de la reforma en la clase instruida fué la doctrina de la justificación por la fe, mas ó menos aproximada al concepto de Lutero, por lo cual se apeló á veces á la opinion de Savonarola, á pesar de que su doctrina de la gracia discrepaba considerablemente de la de los protestantes. En algun punto la exposicion de semejantes cuestiones fundamentales, provocada por ardientes adversarios, penetró hasta las capas mas bajas de la sociedad; y el mismo Morone, que siendo cardenal no dejó de ser celoso defensor de la reforma, dice en un escrito suyo: «En todas partes se hablaba de dogmas religiosos y todos querían ser teólogos.»

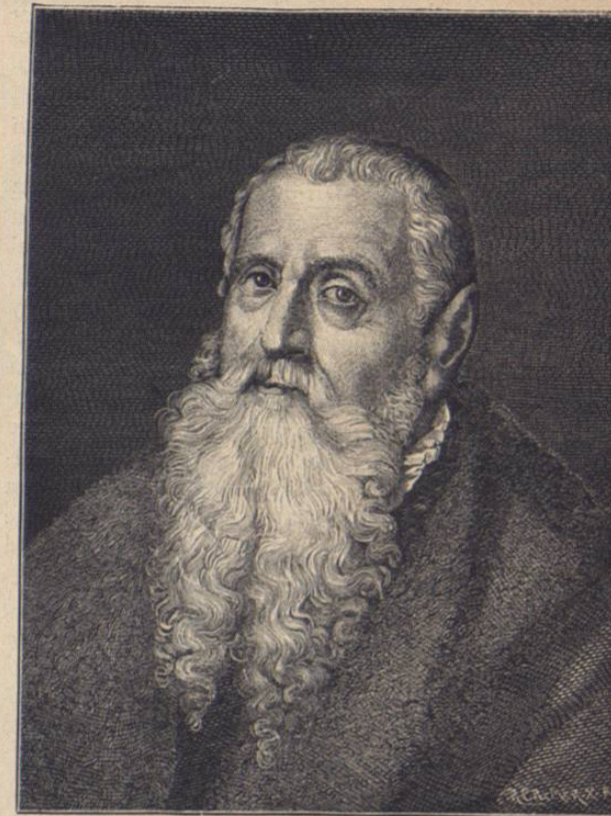
El movimiento simultáneo que emprendió el camino de la Iglesia española y se propuso un renacimiento de la Iglesia de la Edad media, ejerció un efecto muy diferente sobre las masas. A principios del siglo fueron blanco de las burlas de sus compañeros dos nobles venecianos que entraron en la vida monástica; pues aquellos burlones no podían comprender semejante resolución sino atribuyéndola á melancolía, á falta de humanidad, de piedad y de política, á ambición ofendida ó quizás al deseo de vivir en la holganza á costa ajena y de entregarse á un género de vida bajo y crapuloso. Dos decenios despues abundaban en Italia nuevas órdenes religiosas y en todas partes se veían trajes frailesco nunca vistos hasta entonces. Fué esta en el fondo una reforma monástica de las varias que la Edad media presencié. Los camaldulenses empezaron en 1522; cuatro años despues, se separaron entre los franciscanos los elementos mas rígidos,

que recibieron el nombre de capuchinos; y en la orden de los teatinos, fundada por Cayetano de Tiene en 1524, encontró justamente la nobleza italiana la posibilidad de dedicarse á la vida del clero regular sin someterse á la esclavitud monástica completa. Estaba reservado á un español el completar con la última piedra el edificio de estas creaciones italianas del espíritu eclesiástico. En Montmartre, en 1534, fundó Ignacio de Loyola la Compañía de Jesus, que solo seis años despues recibió la confirmación papal, porque Paulo III tenia poca confianza en los nuevos devotos acudillados por aquel militar español, que había prometido 3,000 misas si aquel tiempo de prueba llegaba á tener buen éxito. En el año 1540 llegó el primer jesuita á Alemania, el primer compañero encontrado por Loyola, Pedro Faber; y tres años despues se estableció Pedro Canisio con ocho compañeros en Colonia.

Ya hemos visto cuánto se acortó en Regensburg la distancia que separaba á los hombres de la reforma alemana de los hombres de la reforma italiana. El fracaso de estas tentativas de union ejerció una fuerte reacción sobre Italia. Se puede decir que hasta entonces había ocupado el primer puesto entre los reformistas del sacro colegio el bondadoso y franco veneciano Contarini, por lo demás bastante incorrecto en su doctrina de la gracia. Bajo su presidencia había celebrado sus sesiones la comisión de reforma, la cual á fines de 1536 ó á principios del año siguiente presentó al Papa su dictamen sobre la reforma de la Iglesia. Este escrito vituperaba ante todo la exageración excesiva del poder papal, fuente principal de todos los males, y al criticar los abusos y el desgobierno de la Iglesia recuerda en muchos pasajes las quejas de la nación alemana, recomendando por otro lado la censura eclesiástica y condenando la impiedad de los filósofos que dominaba especialmente en Italia. Contarini fué uno de los interesados mas calurosos en favor de la nueva Sociedad de Jesus. Este cardenal murió poco tiempo despues de su regreso de la conferencia de Regensburg; y como el curso de los debates había dado motivo á sus adversarios para suscitar contra él acusaciones y sospechas, no era extraño que á su muerte se dijera que se le había envenenado. Aquel año (1542) fué renovada la Inquisición, tomando por muestra la española, y el fanático napolitano Juan Pedro Caraffa se puso á la cabeza de la reforma de la Iglesia en el sentido de la institución monástica renovada. Caraffa, que nació en 1476, había pasado de una manera intachable por los pontificados de Alejandro VI y de Julio II; tenia una seria instrucción humanista y teológica; era superior por su talento y carácter á la generalidad de sus colegas, y estando dominado del ardor propio de la region meridional, creyó que había llegado su tiempo.

Toda la Italia estaba aterrorizada por causa de la nueva Inquisición, pero solo con la elevación de Caraffa á la silla de San Pedro empezaron en 1550 las ejecuciones, despues que muchos jefes de opiniones reformistas, como Ochino, Vermigli y el obispo Vergerio, se habían salvado de la persecución huyendo al extranjero. En Venecia, hasta entonces asilo de la literatura favorable á la reforma, se publicó en 1549 el primer índice italiano de libros prohibidos. No hay que decir que tambien fueron heridas de muerte las tendencias neo-platónicas y las de los libre-pensadores, nacidas del cultivo de los clásicos antiguos, cuando algunos decenios antes había sido indispensable para un noble romano aparentar á lo menos cierto color de hereje. Lo que mas evidencia y caracteriza la transformación interior justamente de las personas de mayor talento, fué el arrepentimiento de sus extravíos anteriores que mostraron personas como Miguel Angel y Victoria Colonna; pues extravió les parecieron las tendencias de reforma prohibidas por los artistas mas grandes

y por la mujer mas noble de Italia; y este arrepentimiento no fué inspirado por el miedo á la Inquisición, sino por el terror que les causó la posibilidad de destruir la unidad religiosa. La viuda de Pescara, celebrada como una segunda Safo y una segunda Santa Isabel, se había lisonjeado en otro tiempo de poder felicitar á su amigo Contarini como Papa reformador; pero tambien cambió y entregó al clero las cartas confidenciales de Ochino, por haberse salido de la Iglesia salvadora, y todo su orgullo era leer poco y creer mucho. Miguel Angel á su vez, aquel genio titánico, no hizo en adelante mas que leer la Biblia y los escritos de Dante y Savonarola, y su alma, cada vez mas hundida en el misticismo, procuró salvarse observando las devociones mas minuciosas.



Lucas Cranach
Grabado en cobre de Steinla, segun un dibujo del mismo Cranach

En el año 1541 concluyó su cuadro del juicio final, glorificación de la justicia inexorable, y empezó entonces aquel período de la pintura italiana cuyo ideal era la anatomía y que representa, segun dijo Goethe, ó criminales ó extáticos.

El tan deseado concilio general se reunió en uno de los primeros años de esta restauración católica. La bula de convocación está fechada el mismo día en que fué firmada la paz de Crepy y el concilio fué convocado para Trento, donde debió reunirse el 14 de marzo de 1545; de suerte que el Papa se adelantó á la inminente iniciativa de las potencias civiles. El punto de reunión fué Trento, conforme Carlos V había recomendado ya en el año 1524, para contentar á los alemanes, porque entonces la ciudad de Trento formaba parte del imperio alemán, al paso que por su situación geográfica y su carácter decididamente italiano ofrecía para el Papa menos peligro que una ciudad verdaderamente alemana. Los legados romanos se presentaron en tiempo oportuno, pero por culpa del emperador, que mas que nadie había apremiado al pontífice para la convocación, tardó todavía mucho en reunirse el concilio. El emperador, cuyo arreglo con los protestantes hecho en Francfort quedó contrariado por la dis-